

FERNANDO FAGNANI

RESIDENCIA PERMANENTE



emecé

Fernando Fagnani

Residencia permanente

Benítez estaba de espaldas, pegado a la pared, todo su cuerpo protegido. Las balas, si finalmente llegaban, no deberían impactar en él. Ladeado, miraba a lo lejos, en un ángulo casi cerrado, el que aseguraba que su cabeza no fuera un blanco para nadie. Eso bastaba. Miraba hacia el sur, donde estaba el aeropuerto. La ciudad se iba apagando. Una zona, otra zona, una más; cada vez menos islas de luz vacilante y sucia. Era un proceso lento, pero continuo, evidenciaba un avance todavía trabajoso.

Aunque las explosiones eran aisladas, Benítez no terminaba de creer en el silencio que las sucedía. Nunca era pleno, el eco y la expectativa de la siguiente lo poblaban. En lo que le parecieron pocos minutos, se sumó el sonido de los helicópteros militares que se alejaban como una ráfaga decreciente. Si había gritos o llantos, estaban sepultados bajo esa ordalía metálica.

Un denso regimiento de nubes bajas se movía hacia el mar, impulsadas por la suave brisa que había sorteado las sierras. Al amparo de esa tutela, la ciudad parecía un poco hundida y aplastada. Benítez estaba en un hotel, en un octavo piso, en un país que apenas conocía. Corrigió su impresión inicial y comprendió que las explosiones no eran aisladas sino crecientes; aquello olía a premeditación, más temprano que tarde estaría encerrado y bajo fuego. Se alejó reptando de la ventana y marcó el número de teléfono de su cliente en Buenos Aires.

Lo escucharon, tomaron nota y no le hicieron preguntas. Confiaban en su juicio y lo respaldaba la urgencia de su tono; además, ya se recibían las primeras informaciones sobre un germen criminal, aun de filiación imprecisa, que estaba despuntando en esa lejana ciudad. De la periferia al centro se contaban muertos, incendios, derrumbes. Venían de las sierras del este y entraban por el sur. Benítez dejó pasar un tiempo prudencial que se le hizo eterno y volvió a llamar. Lo irían a buscar y lo sacarían de donde estaba para llevarlo a un edificio protegido, todavía alejado del foco de combate. No había opción mejor. Según el curso de los acontecimientos, verían que hacer.

Benítez guardó las pocas cosas que había sacado de la valija y esperó. Era un hombre fuerte. Flaco y fibroso, su porte rígido imponía respeto y distancia.

Tenía algo más de cuarenta años, su cara de niño serio le rebajaba la edad. Nunca se quitaba el ambo, que usaba con chombas de tres botones y no con camisa. En un tiempo había usado bigote; ahora se afeitaba cada mañana de manera fanática para tener la piel lisa y sin sombra.

La evacuación fue prácticamente inmediata. Entre su primera llamada y el rescate medió apenas una hora. El sentimiento de peligro y aprensión se mantuvo inalterable. Él siguió al borde de la ventana, a derecha e izquierda, pasando de un lado a otro haciendo cuerpo a tierra sobre la mullida alfombra gris, mirando al sur y al norte, tratando de discernir si la línea de conflicto avanzaba y hacia dónde era seguro huir. En la avenida desierta que tenía a sus pies la luz seguía vigente. Salvo algunas pobres fogatas, no ocurría nada. Quién sabe cuánto tiempo se mantendría así. Cada minuto contaba.

Los rebeldes vivían al otro lado de una sierra larga y prominente, en el valle más miserable de todos los que había alrededor de la ciudad. Estaban alojados ahí desde la década del veinte, cuando sus ancestros llevaron adelante una incursión parecida a esta, aunque más modesta y chapucera, y fueron masacrados. El saldo de seres vivos fue unos pocos hombres sanos, muchas mujeres y adolescentes y más niños. En ese quieto exilio, olvidados por todos, se fueron multiplicando, en pertinaz endogamia. Si

alguien remontara el árbol genealógico de los soldados de hoy, quizás descubriera un gran número de cópulas inconvenientes.

Las heridas de esa sanguinaria derrota por mucho tiempo aplacaron el germen de la venganza. Aquel magnífico y salvaje desastre protegía de nuevas aventuras. En el correr de los años, las brasas de esa luctuosa experiencia se fueron apagando. La reconquista dejó de parecer una quimera. La voluntad y la esperanza arrinconaron la vivencia que se redujo a ser un caballo de Troya en la memoria, con un único y avieso mensaje: la sumisión. ¿Cómo recuperar lo que, decían, un día, tan lejano como el cielo, había sido propio? No era concebible una lucha de igual a igual. Ese había sido el error de la incursión anterior, cuando invadieron la ciudad cual malones enloquecidos y fueron exterminados en apenas dos días.

Un grupo de ocho jóvenes, descendientes ellos, como todos en alguna medida, de los mártires del veinte, asfixiados por la humillación diaria, casi sin querer empezó a pensar una manera. Al principio era una fantasía que purificaba y ayudaba a respirar; de tanto ejercitarla se convirtió en un plan. Inevitablemente, tomaría la forma que siempre tienen a mano los hundidos y los marginados: el sacrificio y el sabotaje.

El grupo se dividió: cuatro permanecerían en el valle fabricando armas rudimentarias para el

combate y agitando conciencias para sumar adeptos; otros cuatro bajarían a la ciudad y se harían soldados.

El barbecho duró unos buenos cinco años, vividos con más cálculo que ansiedad. Exorcizados como estaban de la Polis, tuvieron todo el tiempo para urdir la invasión. Nadie esperaba que hicieran algo, salvo largarse a otro lugar o morir de inanición o tristeza; aprovecharon el elemento sorpresa. Cuando llegó la hora, eran un contingente de unos cuatrocientos bravos, ávidos por pasar a degüello a cualquiera que no fueran ellos. Bates de beisbol caseros tachonados con clavos y púas, largos y afilados cuchillos y cócteles Molotov, ese C4 de las rabiosas insurgencias, eran los elementos de combate. Hubieron de esperar hasta la ocasión precisa: que los cuatro soldados infiltrados un lustro atrás estuvieran repartidos entre los dos cuarteles alojados al sur de la ciudad.

Entonces fue todo muy sencillo. En la madrugada del 11 de mayo, esos cuatro abrieron las puertas y las huestes, a paso sigiloso, ingresaron. La oficialidad fue asesinada donde dormía. A los soldados los redujeron y los encerraron, con la esperanza de volverlos tropa propia una vez triunfaran. Saquearon la armería y bien pertrechados, avanzaron.

Antes que la noticia llegara al cuartel principal, ubicado al oeste, en las afueras, tendrían tiempo de dejar la ciudad sin luz. A oscuras, la lucha podría ser más pareja, suponían. En decisión y confianza,

eran una respetable milicia. Mientras, patrullas sueltas bajaban de las sierras e ingresaban por el este, saqueaban e incendiaban, mataban lo que salía a su paso y seguían hacia el centro. Si el auto que rescató a Benítez se hubiera demorado media hora más, con seguridad otra hubiera sido la historia.